

5887

temporáneos

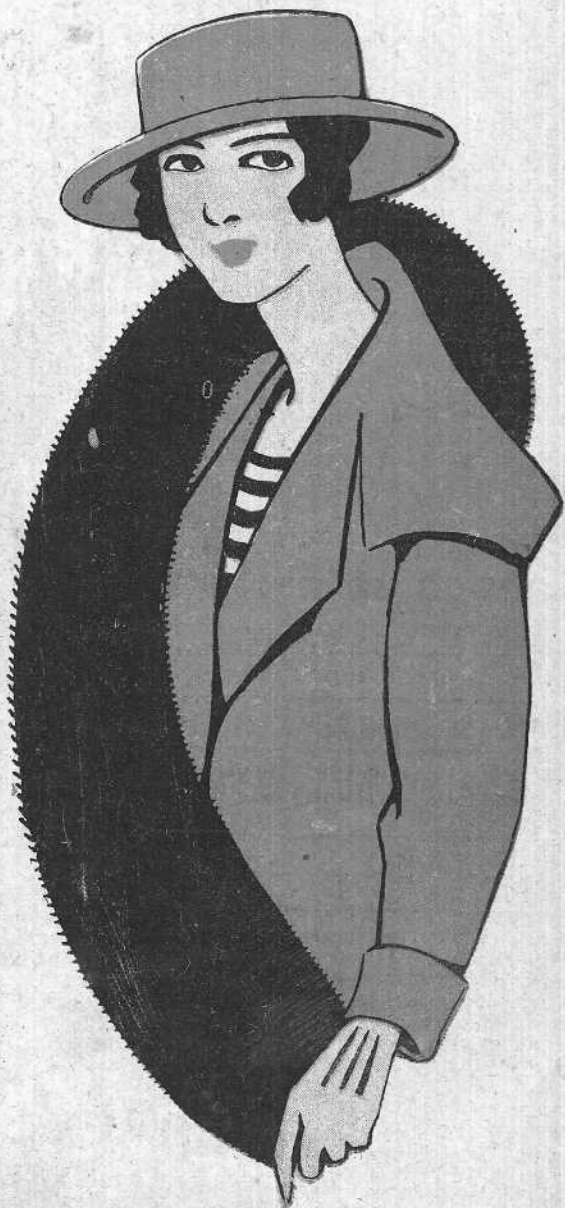
LOS INADAPTADOS

NOVELA

POR

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE"



hero extraordinario

87

10 Cents.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en **PIANOS** de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.

CASA ALOISO
Fundada en 1865
22, Valverde, 22.
—TELÉFONO 5.400.

Asombroso remedio para la indigestión.

Tomando media cucharadita de Magnesia Bisorada en un poco de agua caliente inmediatamente después de las comidas, o cuando quiera que se sienta dolor, se obtiene alivio instantáneo. Miles de personas que lo han probado dicen que no hay nada como la Magnesia Bisorada para la indigestión, gastritis, acedia y dispepsia. Adquiera en cualquiera buena farmacia una botella de Magnesia Bisorada de Ptas. 3.50, y culde de pedir Magnesia Bisorada, o sea la clase que ofrece la garantía de quitar el dolor en cinco minutos, reloj en mano, o de lo contrario se devuelve su importe con sólo pedirlo. La genuina Magnesia Bisorada se vende siempre en frascos de vidrio azul, pues de este modo se conserva por un período de tiempo indefinido.



Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANIS, 12. Precio fijo

UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias, enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D^a Carmen I. García, Salmerón, 167.—Barcelona.

—¿Por qué estás tan triste, Paula?
—Porque el novio me rechaza.
—No llores, vete a tu casa,
ponte polvos PEOA OURA,
y en seguidita se casa.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE, Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginesta, ROSA, Matinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo, VIOLETA, Clavel, JAZMIN, Muguet, SIN IGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencias, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas creaciones de

CORTÉS HERMANOS --BARCELONA

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

R-5887-A

LOS INADAPTADOS

PRIMERA PARTE



I

Rodaron, desgranándose en el aire, los sonidos de una bocina. Precipitados, roncós, poderosos, turbaban la quietud del valle con su angustiante voz de auxilio, y el eco parecía repetir con estremecimientos de asombro aquel ruido inusitado allí donde todos los sonidos eran siempre de isócrona persistencia.

El oído avizor de los labriegos recogió entre el sueño el grito de alarma, y bien pronto brillaron luces en todos los cortijos y empezaron a chirriar sobre sus goznes, al abrirse, las desvencijadas puertas.

Los hombres salían prontos de las viviendas. La costumbre de dormir sin despojarse de más prendas que la faja de estambre, el chaquetón de paño y las esparteñas, les permitía estar listos en pocos momentos.

Poco después de ellos empezaron a salir las mujeres; descalzos los pies, mal sujetos los amarillos y rojos refajos de bayeta; apretados alrededor de las cabezas los pañuelos de grueso percal; algunas se arrebujaban con raídos mantoncillos y otras levantaban el borde inferior de sus faldas para taparse el cuerpo y la cabeza. Muchas conducían, mal ocultos entre el escaso abrigo, muchachuelos de morros sucios y ojos asustados o los arrastraban asidos de su falda, casi rodando sobre los peñascales, sin preocuparse de ellos.

Pasado el primer momento de estupor, empezaron a entender. La noche de niebla habría lanzado algún buque contra la costa y la tripulación demandaba auxilio. ¡Infelices! ¡Socorro allí? No se encontraría una barca en muchas leguas a la redonda, y sin embargo, como por un acuerdo tácito, hombres, mujeres y chiquillos

corrían hacia el mar, despierto antes que el de la caridad el instinto curioso y el de la rapia.

Rodalquilar forma un semicírculo de tierra labrada y verdeante, con algo de apariencia de anfiteatro. Las roquizas montañas alzan sus muros como si quisieran abrigarlo y defenderlo de la vulgaridad de la vida civilizada, adfirmiéndolo en sus abruptos senos de piedra. Sólo por Oriente se había derrumbado su pared de circo romano, y por el desgarrón las aguas prolongaban el azul del cielo y extendía el horizonte hacia la frontera costa de Argelia, como si en su continuo batir hubieran socavado y hundido la muralla.

Nunca con más justicia merecieron las aguas el dictado de péfidas. La pequeña playita de arena menuda, retostada por los rayos del sol, parecía dormida en su siesta, sin que apenas el agua rizará el borde de su túnica con suave onla de nácar, cuando el viento de Levante empezaba a enviar del golfo de Almería las montañas de olas. En ocasiones no movía la brisa las hojas de los árboles, cuando ya la tempestad azotaba la costa. Era preciso estar alerta, y en cuanto la franja azul oscuro empezase a rizar hacia afuera las aguas del mar, huir al refugio de la vecina playa del Carnaje. Las últimas estribaciones de la cordillera Ibérica, después de haber coronado a Granada con la diadema de nieves de su gigante Muley-Hacén, se tendía en sierras de rica entraña para ir a sepultarse en el mar por el Cabo de Gata. Montaña arrogante de esa cordillera, el Cerro del Cinto daba nacimiento a todas aquellas derivaciones, que antes de llegar hasta las aguas se habían abierto en la sonrisa del valle.

Los pescadores que se aventuraban a ir a Rodalquilar habían de estar listos; la presteza de los vientos no siempre permitía huir, y con frecuencia los dejaba encerrados. Cuando es-

tu sucedía era preciso varar las barcas tierra adentro, en la seguridad de que después de muchos días de aplacado el temporal, la resaca del fronterizo golfo seguiría impidiendo la navegación, sin dejar de enviarlos, hasta los límites del terreno vegetal, olas cubiertas de blanca espuma.

Entonces los tripulantes de los barcos, los *jabecotes*, se veían obligados a acampar al lado de sus embarcaciones y después de consumir los comestibles: higos, harina de maíz, patatas y hortalizas, recibidos de los aldeanos, los días de bienandanza, a cambio de pescados, en la forma primitiva del comercio, iban a pedir hospitalidad en cuadras y pajares.

Allí la hospitalidad no se negaba nunca. El pedazo de techo, el agua y el pan son de todos; pero el labrador trata siempre con cierto desdago, hijo del concepto de su superioridad, a estos últimos representantes de las tribus nómadas. Por eso el mar les llevaba pocos visitantes, y como la comunicación por tierra se hacía casi imposible, pues sólo peatones o bestias descargadas se atrevían a aventurarse por las cuestas de las Carihuelas y de las Piedras, únicamente llegaban al valle los habitantes de los lugares vecinos, y de tarde en tarde algún buhonero con la arquilla llena de baratijas o un marchante de grano y ganado. Se pasaban los años sin ver un rostro nuevo, sin que ni un sólo transeunte cruzara los caminos polvorientos, ni una visita se detuviese ante la puerta.

La docena de familias que habitaban en Rodalquilar eran aborígenes del valle. Ninguna, a excepción de los Chafinos, recordaba cuándo se establecieron allí sus antepasados. Se habían conocido siempre y las generaciones se sucedían sin aparente cambio.

Las mujeres daban a luz con la fácil maternidad de las hembras sanas. Criábanse los chiquillos rodando por el suelo como bestezuelas ariscas,

hasta que el espíritu de imitación les enseñaba a seguir con sus padres las faenas del laboreo o del monte.

Olvidados del resto del mundo, aislados, perdidos en el repliegue de aquellas protectoras montañas, lejos del concierto de la civilización moderna, que ni conocían ni echaban de menos, y hasta ignorando si más allá de su horizonte había otra tierra y otros hombres, los moradores de Rodalquilar presentaban desde muy antiguo uno de esos ejemplos de vida sencilla y feliz cantada en las pastorales por la poesía bucolica y hacían de su lugarcillo una moderna Arcadia.

Cada labrador poseía su pequeña parcela de tierra blanda, roja, llena de jugos y de vida, que sin exigir cuidados y mimos abría el seno fecundo en frutos.

Los braceros roturaban las orillas de los montes y cada uno podía levantar su casita de piedra y barro. La naturaleza ofrecía pródiga abundante cosecha de palma, esparto, cogollo y leña para ganar el sustento.

Sólo de vez en cuando, en épocas de frío, la tranquilidad era turbada por la intromisión de unos hombres que iban a llamar a los mozos al servicio del rey y de la patria y a cobrar contribución a los labriegos. Los moradores de Rodalquilar se enteraban por eso de que existen rey y patria, considerando con miedo aquellos dos entes, tan abstracto el uno como el otro para ellos, en cuyo nombre les arrebataban parte del dinero que producía su trabajo y el tributo de su sangre. Muchos mozos cruzaban por primera vez las montañas para ir a Níjar cuando los llamaban al servicio militar. *Los que no caían en suerte* envejecían sin contemplar más cielo que el pedazo azul parecido a una cúpula que sostenían los muros de basalto gris formados por los montes y rotos hacia el mar con el embaite de las olas.

Patria y rey se acordaban de ellos para pedirles sangre y dinero o para infligirles castigos; pero no les enviaban jamás premios ni recompensas, así es que ninguno sentía deseos de servirles.

La tradición conservaba allí su imperio. Cada uno se aferraba a vivir como habían vivido sus padres, que no necesitaron nada más para ser felices y estar contentos. Rechazaban todo adelanto, aun conociendo sus ventajas. Ellos seguían labrando la tierra con el primitivo arado fenicio, y los maestros ambulantes que iban algunas veces de cortijo en cortijo, ofreciéndose a enseñar a leer y a hacer cuentas, fueron apedreados por los chiquillos. ¿A qué romperse la cabeza? Con los dedos y una tarja de caña ya tenían bastante para su contabilidad.

Los únicos que hubieran podido contrarrestar con su influencia el dominio de este espíritu sencillo y puro, eran los dueños de los cortijos de Maturana, la Unión y los Peñones, de los que dependía todo el terreno de labor; pero los *amos*, como les llamaban los aldeanos, lejos de ser extraños al ambiente de Rodalquilar, se habían acomodado a él y ejercían la influencia bienhechora de unos amables señores feudales.

Desde muy antiguo, la familia de Espinosa habitaba más en sus posesiones de Rodalquilar que en su casa de Almería, y acabó por acomodarse al ambiente campesino.

Don Luis, el abuelo de los últimos señores, había sido el genio protector, que defendió durante mucho tiempo a Rodalquilar de la intromisión de gentes ajenas. A la imaginación de aquellos rústicos se aparecía su memoria rodeada de la aureola épica propia de los héroes legendarios. Afable, sencillo, bueno y valeroso, ejercía el protectorado sobre sus súbditos a manera de bíblico patriarca. Acostumbraba a repartir los terrenos entre los labradores, sin exigir los arrenda-

mientos en los malos años, y emprendía obras para ocupar los brazos parados de los jornaleros. En su tiempo no había miedo de pasar hambre, aunque se ahornagase el campo, se perdieran las cosechas y la lluvia se negara a librar a los montes de ser quemados por el sol. En aquellos casos, siempre pródigo, don Luis abría los graneros a los necesitados, y no había mujer en el lugar que no guardase onzas de oro mejicano dentro del pico del pañuelo, en donde escondía los ahorros. Bodas, bautismos, entierros y cuidado de enfermos y menesterosos, todo corría a cargo de don Luis y su esposa. Su fortuna no dependía de la labranza. Arrojado y valeroso, hacía venir de Orán y Gibraltar los bergantines cargados de fardos de lienzos, sederías, mantones de Manila y tabaco para introducirlos en España de contrabando por los vericuetos de la costa, desde las Negras a Escullos.

A su muerte, empezó la decadencia del valle y entró en éste la desgracia. Sus hijos y sus nietos se arruinaron poco a poco, esforzándose en mantener las tradiciones de familia y ejerciendo el protectorado sobre los habitantes de Rodalquilar.

Así que les fué imposible sostener la apariencia del esplendor pasado, vendieron sus posesiones y abandonaron el lugar, con algo de la majestad de los reyes desterrados.

Don Manuel Ansúrez, el nuevo propietario, era un hombre despótico, altanero, al que molestaba el recuerdo de la familia Espinosa, grabado allí tan hondamente. Los Espinosas y los Ansúrez se habían mirado siempre con rivalidad. La primer preocupación de los nuevos dueños, fué borrar las huellas de sus enemigos.

Todos los labradores y braceros protegidos por la familia de don Luis, sufrieron la persecución de los servidores del nuevo amo, deseosos de molestar a sus convecinos con su celo de lacayos. Los arrendamientos subidos

se exigían con puntualidad y sin consideración; el daño a una planta se cobraba con crecidas multas.

Empezó la emigración; los braceros dejaban el valle para ir a buscar trabajo al Africa francesa. La intromisión de gentes civilizadas en aquella tierra primitiva chocaba contra las costumbres.

Don Manuel llegó a tener miedo. No le convenía la lucha con todo el pueblo, y aconsejó a sus servidores que dejasen a los braceros en libertad. Así olvidarían más pronto lo pasado, la costumbre los sometería más sólidamente que la fuerza. Obedeciendo a estas ideas, la familia de don Manuel salió del valle. Sólo él iba de vez en cuando a dar una vuelta por la hacienda, y algunos días del mes de Enero, rodeado de amigos, a cazar las perdices con reclamo, durante el celo.

Aquellos días eran de fiesta y algazara, de bailes, a los cuales acudían las muchachas hermosas del contorno para despertar con su sana belleza los deseos de los señores. Pero don Manuel se presentaba siempre fino, obsequioso; hasta dispensaba algunas pequeñas mercedes, que producían el efecto deseado, y el pueblo se iba poco a poco acostumbrando a la esclavitud.

Después de la marcha de don Manuel y sus amigos, volvía Rodalquilar a tener su aspecto tranquilo, y bien pronto la monotonía de la vida sencilla reinaba de nuevo en las costumbres habituales.

Por eso aquel clamor de la bocina era una cosa desacostumbrada y los moradores del valle la acogían con la alegre emoción de un hecho destinado a romper por algún tiempo la calma de una existencia que sabía lo bastante de cambios e inquietudes para sentir la nostalgia de lo desconocido, lo variable y lo imprevisto.

II

Poco antes de llegar a la playa los alarmados vecinos dejó de sonar la voz enronquecida de la caracola.

En la playa se veía un vapor. Parecía anclado, majestuoso, tranquilo al pie del cerrico del Romero, entre la calma blanda de la mar.

Dos parejas de carabineros impedían el paso. ¡Precaución inútil! No era posible llegar desde tierra a la embarcación.

Unos cuantos hombres se acercaron a los carabineros, y bien pronto la versión de los sucedido corrió de boca en boca.

Era un vapor inglés que llevaba por nombre el de la bella ciudad del Turia: *Valencia*. Venía de Denia con el vientre abarrotado de cajas de naranja, la dulce miel de la tierra levantina que iba a endulzar los labios de los ricos ingleses.

Cuando la luz del amanecer desvaneció la niebla, pudo contemplarse el triste espectáculo del mal herido vapor, sobre cuyo puente se agrupaban consternados los tripulantes, entre los cuales resaltaba la figura delicada e interesante de la mujer con el niño en brazos. Al costado del vapor estaban dispuestas las cuatro canoas salvavidas, de deslumbrante blancura, como polluelos de águila revoloteando en torno de la madre. Los hombres afanosos, habían colocado en ellas lo que se podía salvar: la brújula, el reloj, algunos instrumentos náuticos y parte de los papeles y objetos que les eran queridos.

Algunos minutos después las canoas salvavidas, varadas en seco, estaban bajo la custodia de los carabineros y los tripulantes del *Valencia* contemplaban la destrucción desde las peñas. Parecía que el mar había esperado el

salvamento para empezar su obra. El monstruo de hierro se inclinó primero ocultando la proa bajo las olas, como la fiera moribunda que humilla la cabeza en las arenas del circo.

El casco se separaba cada vez más visiblemente; el balanceo de las olas lo iba partiendo en dos mitades. Al fin se abrió, enseñando por un momento sus entrañas, y cayó desplomado en el abismo con su convulsión postrera. Fué un crujido, un derrumbamiento, un remolino de aguas sorprendidas en su carrera que se precipitaron ondulantes... después nada. ¡El abismo le había sepultado en su seno!

Al último estertor del barco respondió el grito de la multitud que contemplaba el drama. Los tripulantes, de pie, con los ojos llenos de rocío de pena, descubrieron en silencio sus cabezas, con un saludo respetuoso como muda oración. El sol lanzaba en aquel instante el último rayo de una luz fría sobre el sudario del mar para dejar caer su disco detrás de las cresterías de las montañas, y el pequeño inglés tendía inocente y asombrado la mirada de sus claros ojos por el lejano horizonte donde se confundían los dos azules.

III

Durante la noche el mar había llevado a cabo su obra destructora. Las deshechas cajas de naranja dejaron escapar su contenido, y las ondas verdinosas aparecían bordadas con los florones rojo y oro de las frutas.

Al retirarse la ola quedaban por un momento en seco las naranjas entre el espumoso encaje, adornando la playa con prendido de reina; luego, detrás de la ola que se retiraba, venía otra, rebramando, terrible y juguetona a la vez, y arrastraba hacia afuera los madroños del manto abandonados por

la primera. La arena quedaba sola, brillante y mojada cortos momentos; después se levantaba henchido el seno de una nueva ola, obscuro, sombrío; partíase un instante como si fuese a dejar ver las profundidades del abismo... y aparecía cuajado de naranjas que se revolvían en el fondo de la entraña negra. Durante algunos segundos la inmensa mole de agua crecía potente y avasalladora; la atracción sifónica amenazaba con lanzar la furia del Mediterráneo entero sobre la tierra... y de pronto se partía en cascada de espuma, coronaba la cima de nieve... y volvía a tenderse mansa y rugiente por el plano de las arenas brilladoras.

Una brigada de trabajadores procuraba arrancar al abismo su presa, y la iba amontonando en seco cerca de los salvavidas.

Las gentes de Rodalquilar y de los lugares cercanos habían acudido a la playa. Llegaban reunidas las familias y los vecinos en alegres pandillas, cargadas las mujeres y los zagalones con mochilas de lona, en donde llevaban la merienda. Sus preparativos revelaban el propósito de satisfacer la curiosidad y pasar un día de fiesta y algazara.

Algunas parejas de carabineros desplegadas en ala por la orilla les impedían aproximarse. Eso les inquietaba poco, bien convencidos del escaso valor de los objetos que el mar iba devolviendo; sólo les conducía allí la curiosidad y el deseo de gozar un día de asueto, tanto más grato cuanto más inesperado.

Dolores la *Chafina* apareció tirando del ronzal de una borrica, que llevaba las aguaderas llenas de suculentas provisiones. La moza sacó con cierto orgullo media docena de panes de trigo, rubios y apetitosos, aunque no libres de afrecho; un rollizo jamón de magro y un trapo, en el que iba envuelta una larga cuerda de chorizos. Pasó un murmullo difícil de definir

por todo el rolde: complacencia de la gula, con algo de amor propio mortificado. Aquellos Chafinos gustaban de distinguirse en todas partes; no se acomodarian nunca a las costumbres de Rodalquilar; bien se conocía que sus abuelos vinieron de otras tierras, porque los Chafinos eran oriundos de Italia, una pareja de napolitanos ambulantes, con las canciones de su país en los labios, que llegó allí en su vagar sin ruta. Fué en los tiempos de los Espinosa, y como la muchacha se puso enferma y dió a luz en el pajar del cortijo dos chicuelo gordos y negretes, don Luis y su esposa los asistieron con cuidadoso cariño y fueron padrinos de los pequeñuelos. Los italianos no volvieron a salir del valle; *habían tomado ley a sus compadres*, y después de servirlos algunos años, como la prole aumentaba más que una gusanera, el matrimonio Chafino construyó su casita en un repliegue del barranco de las Carihuelas, en terreno realengo. Apenas los hijos mayores cumplieron quince años, ya les dieron nietos. Las hembras cadañeras aumentaban la familia con prodigiosa fecundidad; en poco más de medio siglo se habían sucedido cuatro generaciones; el barranco de los Chafinos era un pueblo. Los cruzamientos entre sí se hacían sin contar con papeles de leyes ni con curas; las mujeres, sanotas y hermosas, de morena belleza italiana, ejercían sobre sus maridos la atracción poderosísima del amor a su barranco cuando se casaban con mozos de las cercanías y los hombres se llevaban a sus mujeres a vivir entre sus riesgos. Una multitud de casitas blancas, semejantes a las del Tirol, con porches de ramaje, bordeaba la cortadura; al socaire de sus paredes se extendían pedazos de tierra vegetal cuidadosamente limpia y rodeada de un cinturón de piedras. Allí, al frescor de la umbría, criábanse hortalizas y flores que regaban a cántaros, subiendo el agua

del arroyo, los chicuelos medio desnudos que en número inconmensurable rodeaban a cada familia. Los hombres habían roturado las cañadas y los terrazos hasta cerca de la cima de los montes para sembrar pegujales de cebada, que les rendían el pan moreno y apetitoso necesario para el año.

Dolores era hermosa y lo sabía. Los mozos del contorno andaban locos perdidos por ella, y tuvo para casarse las proporciones de los novios más ricos; pero la muchacha se enamoró de Víctor, de aquel arrapiezo que tenía nombre de perro y era de otra casta. Menos mal que para Dolores era tan bueno que hasta daba que murmurar a las gentes.

No era uso allí que las mujeres casadas se peinasen y ataviaran igual que las *mocicas*, como seguía haciéndolo Dolores, a pesar de tener ya el primer chiquillo. Iba siempre detrás de su marido, embobado con ella, que la llevaba a las fiestas y la ponía en rueda a bailar con las muchachas; continuamente haciéndose carantoñas y mimos, impropios de la rudeza de las costumbres primitivas imperantes aún allí, que obligaban a los maridos a tratar con despotismo de amo a las mujeres y a ellas a ocultar ternezas y simular despego.

Aquel día algunas no pudieron disimular su despecho:

—¡Ya se conoce quién puede!

—¡Viva el rumbo!

Exclamaron a la par la tía Aurora y la tía Juana, aparceras de los cortijos de Maturana y de la Unión, molestas en su orgullo de labradoras ricas, mientras el marido de la segunda se apresuraba a sacar la faja de entre los pliegues de su faja para dar el primer tajo al incitante jamón.

Fué la señal de acometer. Todos los hombres sacaron las facas de las cinturas y las mujeres las navajas de las faltriqueras. En un momento estuvieron destrozados los panes, las

lonchas de tocino y el jamón; las manos morenas se hundieron en el montón de higos; las botas recorrían con frecuencia la rueda y las bocas engullían a dos carrillos.

En medio de la alegría y la algazara prendió una idea entre los comensales. El complemento de aquella merienda debían ser las naranjas, las pequeñas vasijas llenas de jugo fresco, azucarado, apetitoso a las gargantas, reseca con el bochorno. ¿Por qué no cogerlas? ¿Con qué derecho les impedían acercarse a la orilla? Lo que la mar devuelve a la tierra no es de nadie.

Las mujeres eran las que más gritaban, excitando a los hombres a la lucha con sus exclamaciones de indignación y descontento. Aquello debían hacerlo las mujeres. Todas a un tiempo descalzarse y correr a la orilla; no se atrevería nadie a usar de la fuerza contra ellas. Por si acaso, un grupo de hombres se pondría cerca de cada pareja, serenos, amigos.

Víctor se dirigió hacia el oorro, donde habían sentado sus reales los jefes de carabineros; le acompañaban Gaspar el *Curandero*, José el *Pelao*, Andrés Manteca y *Capuzo*, el gitano herrador. Todos eran gente independiente, algo braveadores, que vivían en los lugares vecinos.

La conversación empezó ligera y frívola: el tiempo, la falta de lluvia que se empezaba a sentir. Al fin, Víctor se decidió, y ofreciendo tabaco lió su cigarrillo y golpeó la yesca entre el eslabón y el pedernal.

Entonces, obedeciendo a la consigna, la caterva de mujeres corrió en tropel hacia el mar; entre carcajadas y gritos salvaron el cordón formado por los carabineros, abalanzándose a la orilla del agua, hasta el límite mismo en que las arenas mojadas formaban en un semicírculo ondeado la línea de separación con las arenas blancuecinas y quemadas del sol, marcando el límite de las olas.

—¿Qué significa esto?—interrogó el sargento.

El silencio grave del cabo, la indiferencia irónica y socarrona de los rústicos se lo revelaron todo. Estaban en poder de los aldeanos; ellos no se metían en nada ni quebrantaban órdenes, pero en su actitud paciente había una amenaza. ¡Ay de los que se atrevieran a hacer daño a las mujeres! No era posible dar una orden imprudente; había que tomarlo a broma para salvar el principio de autoridad.

El cuadro que ofrecía la playa era animado y pintoresco: las mujeres, con las cabelleras casi sueltas, descalzas de pie y pierna, formaban cerca de la lengua del agua un abigarrado conjunto con los vivos colores de los zagalejos amarillos, encarnados y color magenta, y con los pañuelos de brillantes tonos alrededor del busto.

Inclinadas hacia adelante, con las faldas arremangadas y sujetas entre las rodillas, acechaban la llegada de la ola, en cuyo seno venían las codiciadas frutas. Cuando la espuma bañaba sus pies, amenazando atraerlas hacia afuera, escapaban chillando con los gritos de emoción y de júbilo que les arrancaban el temor y el cosquilleo del agua fresca, invadiendo su carne en una sensación de placer.

Era un juego con el mar. En el momento que se retiraba la ola, corrían persiguiendo su espuma, se abalanzaban sobre ella para coger las naranjas, arrojándolas al aire, a fin de que las atrapasen las rezagadas. Cada vez se familiarizaban más con el peligro; cada instante pasado, las aguas y ellas eran más amigas; las olas, en vez de amenazar, parecían reír traviesas, y las muchachas, mojando las piernas y el borde de los refajos, ondeantes al viento de los revueltos cabellos, chapoteaban sin miedo sobre sus enemigas. Los pies, arrugados por el largo contacto del agua, que los ha-

bía tornado blancos, se movían ligeros, parecían revolotear como polluelos de gaviota; unos maravillosos pies de mujer española, que aun teniendo abierta la planta por la costumbre de andar descalzas, conservaban la pequeñez y pureza de líneas, arqueadas de empeine, finos de contornos, con los dedos largos y rosadas las uñas como botones de geranio, tan breves y ligeros que apenas marcaban su huella en la arena mojada.

Los gritos y las carcajadas rimaban con el batir de las olas: muchas aldeanas habían tomado parte en el juego. Las primeras naranjas se devoraron con avidez. Las mujeres hundían los dedos en la corteza, aplicaban los labios ansiosos al agujero y chupaban sorbiendo el azucarado zumo, que les rebosaba de la boca y corría por la barbilla y la garganta, manchando su carne morena con el licor amarillo. Después de estar hartas y llenar sus delantales, no se daban mano a coger más naranjas. Aún seguía el deseo de jugar con el mar, arrebatándole su presa.

IV

Subía el tío Juraico las estrechas veredas que en zig-zag caprichoso conducen al caserío de los Chafinos, detrás de la borriquilla rucia cargada con los grandes capachos de la recoba, sobre los que se cruzaban la arqueta de buhonero, el fardo de telas de colores y los retales de moreno lienzo.

El ambulante vendedor, que debía el diminutivo de su nombre al cuerpecillo achaparrado, pasaba la vida recorriendo la comarca con su tienda movable, y cambiaba las baratijas de su arquilla por productos del país: huevos, miel, longaniza, pollos tem-

pañeros, cera y otros mil objetos que vendía en la ciudad con una triple ganancia. Para las mujeres era una verdadera providencia; cuando sus ahorros les permitían adquirir un pañuelo de crespón o Manila, un vestido de lana o el juego de rosas de trapo con hojas de talco para adornarse en las grandes fiestas, el tío Juraico se encargaba de la compra con admirable prudencia y buen gusto. Jamás reveló el secreto ni llevó dos encargos iguales, permitiendo así a las interesadas experimentar el placer de sorprender y deslumbrar a sus amigas con las galas preparadas en secreto.

Así, vacilante la borriquilla, con su paso tardo, y detrás el tío Juraico, paciente, cabizbajo y cachazudo, con los acompasados movimientos de sus cortas y zambas piernas y la vara de medir en la mano, caminaban por senderos y vericuetos, de caserío en caserío, hasta llenar los capachos de recoba, para llevarlos a la ciudad y renovar la provisión de baratijas. A fuerza de caminar a solas se había establecido una estrecha amistad entre aquellos dos seres. Algunas veces Juraico entablaba animada plática con la burruca.

—Anda, anda, que se te cae el alma. Ya verás en llegando cómo te doy buen pienso: Mira que se hace de noche y en casa de los Chafinos siempre hay ocasión de vender.

Y el animal aligeraba el paso como si entendiéndose los razonamientos.

Al acabar la vereda, centinela de la entrada del caserío, aparecía la morada de Víctor, chata como todas las del campo de Nijar, pero enlucida y blanca su albarrada pared y el porche, cuyo parral despojado de hojas enlazaba los sarmentosos tallos retorcidos y revueltos como serpientes sumergidas en un sueño invernal.

Al cruzar Juraico la era, se levantó perezosa una perra que dormitaba al lado de su cachorrillo y se adelantó ladrando sin cólera, como si cono-

ciera a un amigo en el recién llegado y sólo cumpliese el deber de anunciar a los amos su visita. No tardó en aparecer en la puerta la airosa figura de Dolores, que al ver al vendedor reprimió un ligero gesto de disgusto, y sin contestar apenas al saludo dijo:

—¡ Ah ! ¿ Es usted, tío Juraico ? En mal día viene hoy.

— ¿ Por qué ? — preguntó él.

— Hemos estao ayer de limpieza ; entoaavía estoy mu ocupá... Descanse usted si quiere, pero no descargue la arquilla... No me puedo entretener... Otro día será.

El tío Juraico no se dió por vencido.

— Acabo de llegar de Almería — dijo — ; traigo peinetas, aretes, alfileres, telas y encajes nuevos... Verdaderas maravillas que quiero que tú veas antes que nadie.

El buhonero se estiró sobre sus piernas zambas y bajando la arqueta la abrió ante los ojos de Dolores: peñes, pastillas de jabón, barrillitos de aguas olorosas, collares, horquillas, alfileres y brazaletes, todo se confundía en el fondo del arca. Pendientes de una montura de latón, con piedras azules y verdes ; había un racimo de doradas uvas de cera, que la muchacha contemplaba codiciosa.

— Esa es la buena sombra, el alfiler de moda ; eres la primera que lo ve.

— ¡ Qué precioso !

Y acercándose al espejito, colgado entre dos blancas toallas de enrejado fíeco al lado del jarrero, lo aproximó a su garganta murmurando :

— ¡ Qué bien estaría con mi pañuelo de Manila color aceite !

— ¡ Claro que sí !... Dile a tu Víctor que te lo compre.

Pareció obscurecerse con una sombra el rostro de Dolores, pero no tuvo tiempo de responder. Los ladridos de la perra avisaban la proximidad de alguna persona.

— ¿ Será él ? — exclamó Dolores, y

sin atender al buhonero acudió a la puerta.

—No lo creo—dijo Juraico.—Me han dicho que el sargento, que tiene rabia por la jugarreta de las naranjas, llamó anoche a la Caseta a los sospechosos y allí está tu Vítor.

—¡Virgen Santísima!

—No te asustes, mujer, que el que na debe na teme.

—¿Deber? No... pero una mala querencia.

Se detuvo y miró atenta hacia el valle. ¡Algo inusitado pasaba allí! Las gentes salían de los cortijos y se dirigían a las lomas, desde donde se dominaba el camino blanquecino y polvoriento que partía el lugarcillo como si fuese la nervadura de una gran hoja de rosal, desde la cuesta de las Carihuelas a la playa. De él partía la red de senderos y veredas que se ramificaban enlazando unos cortijos con otros. Juraico y Dolores se acercaron llenos de zozobra a la puerta.

Vieron avanzar dos guardias civiles de a caballo; delante de ellos marchaba un paisano, con las manos amarradas a la espalda. Sin duda el responsable del robo de los objetos que faltaban del vapor *Valencia*.

—Llevan un preso—dijo Juraico.

Dolores sintió una angustia inmensa subirle del corazón. No distinguía bien, pero algo le avisaba que aquél era su Víctor. Por la mañana vino a buscarle un carabiniero de parte del sargento, y aún no había regresado...

Se habían aproximado la pareja y el preso a la entrada del barranco, al recodo que se dirigía a la cuesta de las Carihuelas, y en el caminar despacio entre los pedregales se podía apreciar mejor su figura. Dolores miraba anhelante; aquél parecía su Víctor. ¡Acaso no fuera! La ropa de todos los aldeanos tenía siempre semejanza... Pero de pronto ya no tuvo duda. Un grito agudo y penetrante resonó entre las aristas del terreno. Aquel grito decía su nombre, cuyas

sílabas, alargadas y repetidas por la onda sonora, le traían al oído el acento de una voz querida... Otro grito de dolor, de angustia, que se extranguló en su laringe, se escapó de su alma. ¿Oyó el preso su voz? ¿Distinguió la figura colocada en lo alto de la roca? No pudo adivinarlo. Le vió retorcerse, como si luchara, y vió brillar en el aire una hoja de acero, encabritarse los caballos, ceder el peatón en su resistencia y perderse todos tras el recodo del camino. Reinó un solemne silencio; Dolores, echada boca abajo en la tierra, sollozaba sordamente, mesándose los cabellos con desesperación. Sólo *Chucho*, el perro, sentado sobre las patas traseras, aullaba lastimeramente, como si más piadoso que los hombres, respondiera al dolor de la mujer infeliz. Sus lúgubres aullidos volvían repercutiendo en el eco de las lejanías y multiplicándose en todas las oquedades del barranco con la cadencia fúnebre de las campanas que doblan por los muertos.

V

Las primeras luces del amanecer sorprendieron a Dolores y a Juraico fuera del valle. Antes de clarear la aurora, habían salido del cortijo, aventurándose en las estrechas veredas detrás de la paciente borriquilla, y guiados por su instinto, subieron a la tenue luz de los luceros la cuesta de las Carihuelas, dirigiéndose a Nijar.

Desde que el penetrante grito del preso vibró en el aire, Dolores no pensó más que en el viaje. Siguiendo la costumbre aldeana, no quería presentarse a los amos con las manos vacías. Deseaba llevar lo mejor de la casa para agradar a los que disponían de la suerte de su marido. ¡Virgen Santísima! Ella no viviría sin su Víctor.

Si ya no la había ahogado la pena, era por aquella esperanza que vino a caerle como gota de rocío en el corazón.

La acometía una ansia de correr, de volar, de llegar pronto a la presencia del amo y de todos aquellos señores que le podían devolver a su Victor. No llevaba plan preconcebido... Llorar... llorar mucho... suplicarles... jurar que su marido era inocente, para que le diesen la libertad. La infeliz sujetaba con voluntad potente las lágrimas redentoras, temiendo que le faltaran en el momento supremo.

Así recorrían el camino lenta y tristemente:

Juraico, encorvado, con el ronzal sobre el hombro, marchaba delante, llevando casi a rastras la cabaigadura.

La plaza del pueblo estaba solitaria y silenciosa en aquel momento. Uno de sus lados lo formaba la Iglesia, frente a ella el Ayuntamiento, y uniendo ambos edificios, tres casas de aspecto lujoso formaban el otro lado de la plaza, sin dejar calle alguna entre ellas.

Allí vivía don Manuel.

Su mano trémula tiró del cordón de la campanilla. Tardó un rato en aparecer la criada. Las señoras no estaban en el pueblo; se habían ido a Huebro para preparar la matanza... pero el amo llegó de Sorbas el día antes. Si quería esperar, lo vería cuando se levantase de dormir la siesta.

Apenas supo qué decir. La sirvienta la condujo al despacho, eñtorró la ventana con el fin de evitar la molestia del sol y la dejó sola para atender a Juraico, el cual, después de entregarle los regalos que llenaban las aguaderas, amarró la burra a la reja y se sentó cerca de ella en el ángulo del tranco de la puerta, con la frente apoyada en la vara, que mantenía entre las dos rodillas.

No pudo precisar el tiempo que transcurrió hasta que don Manuel penetró en la estancia. La infeliz quiso ponerse de pie y cayó de rodillas delante de él, besándole las manos entre lágrimas y sollozos.

—¡ Señor... señor!... ¡ Por caridad!... ¡ Mi Victor!...

Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes por la fiebre, encarnados los labios como cerezas maduras, los besos inocentes de la aldeana quemaban con ardor de ascua la mano de don Manuel, y se extendían por toda su sangre en llamaradas de fuego.

—Señor, mi marido es inocente... sálvelo usted... ¡ señor, por caridad!...

Pero don Manuel no la oía; la ola del deseo que Dolores le inspiraba, hacía estremecer todo su cuerpo. Había pasado el brazo alrededor del talle de la muchacha, y la sentía palpitante, agitada y temblorosa, embriagándose en el perfume de juventud, fuerte y acre, que le recordaba las montañas.

La atrajo hacia sí con fuerza, y bajando la voz le suspiró zalamero al oído:

—¿ Quieres la libertad de Victor? No lores... de ti depende.

Antes de que la infeliz pudiera darse cuenta de lo que decía, los labios de don Manuel sorbieron en un beso sus carnosos labios.

Quiso ella levantarse, correr, huir, gritar... las fuerzas le faltaban y cayó de nuevo sobre el asiento, con las manos cruzadas en actitud de súplica. En su cerebro turbado aparecía la visión del enojo de aquel hombre, cuya piedad había ido a implorar, y al que su negativa convertiría en enemigo... No había remedio... Debía obedecer, para que su Victor no muriera lejos de ella; pero sentía el beso aquel sobre los labios como una marca de hierro candente, y aun intentó hacer un último esfuerzo para desasirse de las manos que la sujetaban y del aliento que le quemaba el rostro. Un velo frío le subió del corazón a la cabeza, y ya no

sintió nada... quedó desvanecida, inerte, entre los brazos que la oprimían.

Sucedió una cosa repugnante; el hombre, convertido en fiera, cayó como lobo hambriento sobre la presa que la casualidad le ofrecía. La des-envolvió del mantón, arrojándola con violencia contra la alfombra, y sin

parar mientes en su estado, sin piedad al dolor que paralizaba los latidos de su sangre, antes bien, excitado, temeroso de la resistencia, profanó el sagrario de aquel cuerpo hermoso, una y otra vez, rugiendo y clavando los dientes en los torneados brazos que se dibujaban bajo el corpiño.

SEGUNDA PARTE

I

Habían transcurrido cerca de tres años desde el naufragio del vapor *Valencia* y recordaba los sucesos pasados como una fatigosa pesadilla. A su vuelta al barranco, desfallecida y enferma, tuvo que esperar dos meses, en una mortal ansiedad, que don Manuel le cumpliera la palabra de devolverle a su marido; recordaba con miedo y asco aquéllos momentos abominables en los que, rendida por la lucha y el dolor, había sentido sobre su cuerpo los ultrajes de un hombre convertido en fiera. Su instinto femenino la había hecho ocultar el secreto cuidadosamente, fingiendo con su sencillez de campesina, para que ni la tía Aurora ni las otras vecinas, ni aun su propia madre, pudieran adivinar nada. Cuando volvió a abrazar a su marido se sintió tan feliz, que por un instante tuvo un movimiento de orgullo.

Dolores estaba segura de que Víctor la rechazaría de su lado o la mataría si llegase a sospechar de ella. Ante este temor, una pasión ardiente y salvaje vino a unirse al amor que profesaba a su marido, una pasión ce-

losa que despertaba con más potencia la de Víctor, envolviéndolos en la ola de voluptuosidad, engendradora del disgusto y del desequilibrio nervioso de los celos. Se esforzaba en hacer feliz a su marido y en embriagarse para olvidar su desgracia. Un día, como si la fatalidad quisiera dejarle un recuerdo imborrable, sintió en sus entrañas un aleteo de pájaro, y una sospecha brutal la hizo arrojarse contra el lecho presa de terrible desesperación. ¿De quién era aquel hijo? Circunstancias especiales de su organismo le permitían asegurar que no era de su marido, y entre sollozos convulsivos exclamó:

—¡Dios! ¿Cómo pueden encarnar los hijos sin amor en las entrañas?

Desde entonces su existencia fué un martirio; temía más a la maliciosa perspicacia de las vecinas que a la inocente confianza de Víctor, y sentía enrojecer sus mejillas cuando le preguntaban en qué mes nacería el nuevo crío. ¿Qué sabía ella; las mujeres no necesitan llevar más que esa cuenta, pero la equivocan siempre!

Víctor recibió con alegría la noticia; los hijos son una bendición de Dios y cada uno trae su pan debajo del brazo a la casa de los padres. Ade-

más; la madre de don Manuel deseaba apadrinar al nuevo vástago. Desde su salida de la cárcel, Víctor se acusaba de haber juzgado mal a los señores, y todos los meses hacía un viaje a Nijar para llevarles regalos.

El alma de la familia de don Manuel era su madre, doña Pepita, una buena señora, de carácter enérgico, que vigilaba continuamente por el buen gobierno y el engrandecimiento de la casa. La esposa, doña Concha, era una señorita madrileña, anémica, sin voluntad, contagiada con el fervor místico de su cuñada María, hermosa moza morena, que se hizo devota a los cuarenta años, y juntas se pasaban la vida en la iglesia, rezando interminables rosarios o arreglando imágenes y altares.

No tuvo Dolores más remedio que ceder a los deseos de Víctor, y en cuanto estuvo en disposición de acompañarle a Nijar, ir a presentar el niño a las señoras.

Se celebró el bautizo con gran pompa; don Manuel quiso hacer a sus compadres un presente digno de su grandeza, dándoles en arrendamiento *La Unión*, el mejor de los cortijos de todo el campo de Nijar.

Entonces se levantó el clamor de la envidia de los vecinos. Aquel niño pálido, blanco y rubio no era de casta de aldeanos. Las mujeres confrontaban fechas y se indignaban del descaño de Dolores y de la tolerancia de Víctor. No podía ser inocente. ¡El muy cabrito hacía la vista gorda por conveniencia! Sólo el temor que inspiraba el amo contenía la murmuración en los límites del escándalo. Sin embargo, como en los dos años transcurridos don Manuel no volvió al valle más que tres o cuatro días del mes de Enero a la caza de la perdiz con sus amigos, los maldicientes cesaron en sus insidias. Habían sido dos años de abundancia, la Naturaleza se mostró pródiga en bien repartidas lluvias, y las cosechas trajeron el bienestar al

valle, y sobre todo al envidiado matrimonio, que ya era dueño del apero facilitado por don Manuel: tres yuntas de vacas, dos pares de mulas castellanas, dos hermosas borricas, un caballo de silla y los útiles y herramientas de labranza. Hasta pudieron devolver el préstamo de semillas y dinero, quedándose con capital de resistencia.

Sin embargo, Dolores no era allí dichosa.

Su segundo hijo era para ella como una constante reconvención. Su sangre degenerada le hacía rubio, pálido, de ojerás que se tendían sobre su rostro como pétalos de lirio, en vez de ostentar los moftetes y la carne color de barro cocido de su hermano, cachigordete y coloradote.

Los ojos azules, dulces, de su Rafael tenían esa mirada fija e inteligente que nos asusta contemplar en las pupilas de los niños, como signo de un cerebro pensante, en donde viven las reminiscencias de una existencia anterior; formaban contraste con los ojos claros de mirada vaga y sin pensamiento de Nicolásito.

Irritábase Dolores de esta desigualdad, se desesperaba de que su leche no tuviera fuerza para combatir la anemia congénita de aquella criatura. Orgullosa en el fondo de la belleza y la gracia del muchacho, como si hubiera parido un semidiós. Ante su maternidad se borraba la diversidad de padre y reprochaba a Víctor por la indiferencia instintiva que manifestaba al pequeñuelo. No se reprochaba del engaño en que mantenía a su marido; aquel disimulo era el sostén de su cariño y su felicidad. Si él trabajaba para mantener al niño, éste era la base de su engrandecimiento; pero el temor de que Víctor llegase a descubrir su secreto, la hacía experimentar toda la angustia de una inquietud y de unos celos vagos, instintivos, que al fin encarnaron en la figura de Rosilla.

A pesar de no mediar explicacio-

nes, Dolores creía haber mostrado bien a las claras su disgusto, para que Rosa no volviese por su casa, confirmando así el hecho de no verla ir más a llevar agua. Empezaba a tranquilizarse: aquel día, cuando llevaba el gazpacho de los segadores, dividió entre ellos a toda la familia de los Rarras. Sintió un movimiento de despecho tan grande, que estuvo a punto de arrojar a tales gentes de su casa; pero temió ponerse en ridículo y supo disimular, con ese amor propio de las campesinas que suple a la cortesía de las mujeres educadas.

La voz de Víctor no tardó en llamarla con acento de interés cariñoso:

—¡Dolores, Dolores! ¿Qué haces? ¡Ven!

—No puedo... me necesita el niño.

—Tráctelo.

—No; está resfriado.

Entonces protestaron las mujeres.

—Eso no le hace; los chicos no son plantas de estufa; es mejor criarlos a los cuatro vientos, pa que se enroblescan y no sean delicados.

La voz de la Pintá se alzaba sobre las otras, diciendo con cierta sorna y retintín:

—No lo críes pa señorico...

No quiso escuchar más; su cuerpo vigoroso imprimió movimiento a la pesada silla de madera con asiento de esparto entrecruzada, y empezó a mecer al niño, mientras canturreaba al compás de los bruscos ruidos que producían las patas de la silla contra el traspal de la cocina:

Duérmete, niño mío,
duerme, que es tarde,
y si no viene el coco
para llevarte.

Ante respuesta tan elocuente, las mujeres no se atrevieron a insistir; parecía cernerse un malestar sobre todos.

II

Se acabaron las tareas del verano. El mes de Septiembre, después de guardar los granos en los trojes y la paja en los almiaros, ofrecía unos días de descanso antes de empezar la sementera. Era preciso aprovecharlos y dar nueve baños a las bestias para preservarlas del carbunco.

Aquella tarde el aspecto del valle era animado y pintoresco, como si se celebrase una alegre romería. De todos los cortijos salían cabalgatas en dirección a la playa. Las burras y las yeguas, cuidadosamente enjaezadas con las enjalmas y las albardas nuevas, llevaban sobre sus aparejos los encajes de almohadas y cubrecamas y las vistosas mantas de borlas. Eran las cabalgaduras destinadas a conducir a las mujeres, que se vestían con los mantones de Manila y los trajes de los días festivos para ir al baño. Los hombres montaban en pelo sobre los traviesos mulos, y algunos llevaban a la grupa atrevidas muchachas, hermanas o novias, las cuales se confiaban a su custodia.

Del cortijo de Víctor partió una de las más lucidas pandillas.

Josefilla llevaba en brazos a Nicolasito, entretenido en fustigar a la bestia con una varilla, en la explosión de una alegría ruidosa, agitándose como convulsionado en la falda de la pobre moza.

Dolores conducía al pequeño Rafaelito, vestido de blanco, con su aspecto elegante, delicado, su sonrisa dulce y la mirada profunda de los ojos azules, tan seria y reflexiva como si otro espíritu se asomase por sus pupilas.

Cuando llegaron a la arena fué preciso desmontar, para aliviar de su

carga a las bestias; los hombres les quitaron los aparejos con precaución. Algunas venían sudarido de la carrera, y era menester que se refrescaran antes de entrar en el agua.

Hacia aquella parte, al amparo del promontorio de rocas del castillo, se agruparon las mujeres y los chicuelos. Los hombres se bañarian con los animales al otro extremo.

Las bestias rebeldes no obedecían al castigo; se las veía dar coces, respingos, botes; correr y caracolear y hasta echarse al suelo contra la arena. Los jinetes tenían, como último recurso, que tomarías del ronçal y entrar delante de ellas en el agua. Solamente los que presumían de domadores se obstinaban en obligarlas, demostrando su serenidad y bravura. Víctor era de esos, y Dolores se aproximó de las primeras al baño de los hombres, deseosa de verlo domar los indómitos brutos; sereno, incommovible, clavado como un centauro sobre el lomo del airoso y engollado potro zaino, resistiendo los botes de carnero y las marrullerías de las bestias. Este día entraba él solo con toda la recua. Su mujer, que se había acercado cuanto le fué posible con el estorbo de las cuerdas de la jabeca, lo contemplaba orgullosa de su fuerza. Completamente desnudo sobre el caballo, su cuerpo enjuto, moreno y velloso, formaba una línea armónica con la elegante silueta de la cabalgadura. Desde hacía algún tiempo Víctor estaba siempre sombrío, silencioso, lejos de ella. La atormentaba la duda de si sospecharía algo de su secreto y sentía impulsos de rodearlo con sus brazos y desvanecer las tinieblas de su alma con la luz de sus caricias. Pero ¿y si no era eso?... ¡Si quisiera a otra mujer!... Aquel pensamiento le causaba impresión tan penosa como el dolor de una quemadura en el pecho.

Cuando se hallaba más abstraída oyó un rumor cerca de ella. La Pin-

tá se acercaba por la orilla, con todo el cuerpo fuera del agua, tapada apenas con la fina camisa, sin curarse de que la vieran. Unos celos salvajes imperaron en Dolores; sin reflexionar, se alzó, corrió hacia tierra, y enfrontándose con la Pintá, rugió cólerica y descompuesta:

—¿Tú?... ¡Tú!... ¿Qué vienes a hacer aquí?

La sonrisa desvergonzada de Rosilla y su mirada lúbrica lucían como una mueca en la cara llena de costurones y en los ojos sin pestañas.

—¡Vaya una preciosidad! ¡La sinvergüenza!—silbó Dolores—. ¡A ver a los hombres! ¿Verdad? ¡Porque las mujeres te dejamos vivir... pero se acabó!...

La Pintá quiso huir; mas la camisa liada a sus piernas le impedía moverse. Dolores dió un salto y sus manos nervudas se cogieron a la cabellera de Rosilla, zamarreándola con fuerza hasta zambullirla en el agua.

Un chillido estridente escapado del pecho de la Pintá desgarró el aire, mientras se agarraba desesperada a Dolores, intentando echarle la zancadilla.

Más vigorosa que la Pintá, Dolores permanecía incommovible, reteniéndola bajo la ola, sin compadecerse de la agonía que la obligaba a agitar brazos y piernas desesperada y hacía saltar las aguas en un hervidero de espumas y de burbujas de aire.

Algunas mujeres oyeron el grito y corrieron detrás de Rosa en auxilio de su hija. Los momentos eran siglos; el agua les impedía moverse con ligereza; si tardaban sólo encontrarían un cadáver.

Los recién llegados rodearon el grupo; la Pintá parecía muerta con el rostro congestionado y la cabeza caída. Su madre, con instinto de fiera, antes de acercarse a la hija se lanzó como un basilisco sobre Dolores, que extenuada por el esfuerzo nervioso, no parecía darse cuenta de lo que pa-

saba, y la cogió de los hombros, buscando la garganta. Fué una lucha breve. Víctor escuchó a su mujer con el cuerpo, dispuesto a defenderla contra todos. Estuviera mal o bien lo que hiciera Dolores, su cariño la absolvía de antemano.

La Pintá se revolvió furiosa al ver que le arrebataban la venganza.

—¡Eso es!... ¡Ven a defenderla!... ¡Bragas!... ¡Cabrito!...

—¡Vibora!—Y ciego de ira se precipitó sobre la vieja—. ¡Te voy a ahogar!

Dolores no se movió; altiva, triunfadora, ufana con la protección de su marido, miraba indiferente el grupo de hombres y mujeres, que sin hacer caso de su desnudez conducían a Rosilla, que empezaba a volver en sí, hacia el lugar donde estaban los jabetos.

—¡Cobarde!—aulló Rosa pretendiendo huir de Víctor—. ¡Cabrito! ¡Sí, cabrito!

Al sentir la mano que la asía del bañador con zarpazo de garra, hizo un esfuerzo supremo, y echando hacia atrás la cabeza reunió la energía que le restaba para añadir:

—Mírale la cara a tu hijo Rafael y sabrás quién es el padre...

III

La tierra, blanda de la reciente lluvia, apagó las pisadas de Gaspar para llegar sin ser oído a la puerta del cortijo.

—¡A la paz de Dios!

—Pasa, Gaspar, pasa. Dolores está que no sosiega hasta que vengas.

Gaspar era el curandero que gozaba más fama en el contorno.

—¡Tío Gaspar, por caridad; dese usted priesa!—exclamó desde dentro la voz angustiada de Dolores.

—No te impacientes, mujer—repuso el curandero—. ¿Cómo va el muchacho?

—Peor; mucho peor...

—¿Tú qué sabes?

—Está mu ronco... no llora...

—Señal que está tranquilo.

—No pué mamar...

—No seas imaginativa.

Gaspar se acercó solemnemente al chico y lo desenvolvió del pañolón y la manta de lana que lo abrigaba. Se escuchó con claridad la ronca y fatigosa respiración de la bronquitis. La criaturita, con los cabellos rubios pegados a las pálidas sienes, tenía blanca de hostia, y las ojeras se destacaban en torno de los cerrados ojos como pétalos de moradas violetas.

—¡Bah! Esto no es na...—dijo el hombre alzándose—. Un poco resfriado... ya se va pasando.

—¡Pero sí no mama!

—Ya mamará cuando tenga hambre, mujer.

Las vecinas aprovecharon la ocasión para sacudir el ambiente de tristeza. Dolores era muy extremosa con los hijos; no se puede criar a los chiquillos con tanto mimo para qué luego un soplo de aire los mate.

Al final de la velada el niño estaba más tranquilo.

Quedó Dolores sola cerca de la cuna. Por los entreabiertos cristales de la ventana veía el campo y el cielo formando un extraño contraste. La tierra presentaba la tranquilidad del aire lavado por la lluvia, la quietud plácida de esas noches otoñales, mientras que el azul del cielo se empañaba con nubes y signos de tempestad.

Se dibujaban los contornos de los caseríos, las montañas se esfumaban a lo lejos reortando los picos en el espacio y el campo parecía dormido.

De vez en cuando el misterioso *ritornello*, que forma ese silencio de los campos, poblado de palpitaciones de seres vivos: plantas que crecen, flores que rompen su botón y semi-

llas que germinan, era rasgado por el ladrido de los perros o el grito de los gañanes velando en la próxima noria "Haya Vaca", a fin de que el animal continuase sus pasos. Llegaba hasta allí el rumor del agua que corría entre los ajomates de la atarjea y se precipitaba en la balsa donde croaban las ranas acompasadamente.

Todos los cortijos estaban cerrados y silenciosos. Sólo en el de las Pintás brillaba la luz como un lucero lejano y se oía el rasguear de una guitarra y el apagado eco de una vinosa cancamurria.

Un sentimiento de ira estremeció a Dolores; aquellas mujeres tenían la culpa de todo. No pensaba en que las provocó sin motivo. Desde la terrible escena de la playa, Víctor y ella vivían como extraños, no se habían atrevido a acercarse, a verse; los dos tuvieron miedo a las explicaciones. Ahora, en aquellos días de dolor, pasados cerca del hijo enfermo, el marido apareció varias veces en la estancia, sin atreverse a entrar. Se había acercado a la cuna con las cejas fruncidas, mudo, sombrío, luchando presa de encontrados impulsos, y se había alejado sin decir una palabra.

Dolores sintió miedo; le parecía que entre las ondas del viento había penetrado en la habitación un espíritu invisible. Entonces advirtió con terror que el candil, sin aceite, chisporroteaba de un modo doloroso, brillando la torcida sin luz como un clavo candente; del otro lado de la pared se escuchaba el patear de las bestias amarradas a los pesebres. Entre la sombra, Dolores creyó percibir la forma vaga de aquel espíritu que le causaba tanto miedo. Sintió el paso leve de un espectro, una respiración fría. ¡Le iban a robar a su hijo! Se precipitó contra la cuna para protegerlo en sus brazos, lanzando un grito de espanto:

—¡ Víctor! ¡ Víctor!

La carne del pequetuelo ardía en

fiebre con el recargo de la madrugada, y del oprimido pecho salía un ronco estertor, mezclado al fatídico hipo de los agonizantes. Los pulmoncitos se alzaban como fuelles en el ansia de aire para mantener la vida que se escapaba.

Apareció en el umbral la figura de Víctor, completamente vestido; él no dormía tampoco.

—¡ Dolores!

—¡ Luz! ¡ Luz! ¡ Víctor! ¡ Mi Rafael! ¡ Mi hijo! ¡ Se muere!... ¡ Socorro! ¡ Socorro!... Yo no quiero que se muera mi hijo!

Con mano temblorosa, próximo a dejarlo caer, Víctor atizó el candil con las espabiladeras, quitando la pavesa, que enrareció más la atmósfera; le añadió aceite de la alcuza y lo cogió del clavo.

— Víctor, aquí hay alguien... alguien ha entrado... Me quieren quitar a mi Rafael.

El se acercó piadoso.

— Cálmate, Dolores.

De pronto una convulsión nerviosa agitó el cuerpo del niño, sus miembros se pusieron rígidos, la pupila azul se revolvió ocultándose en la órbita, y la criaturita quedó inmóvil.

— Víctor, no respira... ¡ Se ha muerto!... ¡ Me lo quitan!

— No, no— dijo él aterrorizado, al comprender la terrible verdad—; no... Mira... Está caliente...

El fuego de la calentura engañó a la infeliz.

— ¡ Es verdad!... ¡ Ay!... No se morirá... ¡ Mi hijo! ¡ Me volvería loca!...

— ¡ No digas tonterías! Mira, le vas a hacer daño... Dámelo... Lo acostaré en la cuna...

Y así diciendo, pretendía arrancar de los brazos de su mujer el cadáver de la criatura.

— ¡ No respira!...

— Es que descansa... Dámelo...

Cedió ella, sintiendo abrísele el corazón en esperanza con la ternura de su marido. La amaba y amaba al niño.

Cuando se pusiera bueno, ¡qué felices iban a ser!

Sin saber lo que hacía, empezó a arreglar las ropitas del muertecillo con cariñosa solicitud, y lo acunó en sus brazos. Después, sintiendo que el beso de amor, negado tanto tiempo, le quemaba los labios, aproximó amante la boca a la carita pálida, pero al contacto de la piel fría, sintió de nuevo el mordisco de la duda. Entonces, ciego, loco, sin pensar el daño que iba a causar, se puso de pie, con el niño arrimado a su pecho, ansioso de poderlo amar sin recelo.

—Dolores... es preciso... Sábelo... ¡El niño está muerto!

—¿Qué dices?... ¡Victor!... ¡He oído bien?... ¡Muerto!... ¡Muerto mi hijo!...

—Calla... oye... dime... en este momento... ¿Puedo besarlo?...

Cayó todo el peso de la terrible pregunta sobre el alma de la desdichada mujer, y en aquellos instantes de dolor y sinceridad, tuvo un grito supremo:

—¡No!... ¡Mátame!

—¡Maldición!

Las manos rudas del campesino rechazaron bruscamente de sí el cuerpecillo inerte, arrojándolo contra la cuna. La cabecita rubia chocó con violencia en la madera, con el sonido fúnebre de una piedra contra la tabla de un ataúd.

Fué un berrido de leona, de angustia rabiosa el que respondió al rugido del odio. La madre, avasalladora, des-

melenada, con los ojos brillantes, se abalanzó a recoger el cadáver, y apretándolo contra su seno, devoró la carita fría con besos candentes, hambrientos, mientras su cuerpo erguido y el relámpago de sus ojos, lanzaban un desafío al esposo:

—¡Infame!... ¡Es mi hijo!... ¿Sabes?... ¡Es mi hijo!...

En aquellas palabras se resumía todo. Hijo de su marido o de otro hombre cualquiera, amado o aborrecido, del rey o del verdugo, ¿qué más daba? Sí; era carne de su carne, y sus entrañas palpitaron por él en el goce de un dolor inmenso...

Había tanta altivez, tanto dolor, tanta fiera en la actitud de Dolores, que Víctor dejó escapar el puño de la faca que brillaba en su mano, y retrocedió confuso, tambaleándose, hasta tropezar con la pared. ¡Era el triunfo poderoso de la maternidad, siempre augusta!

Entonces brilló el alma de la esposa amante en una palabra de perdón, de revelación, de súplica.

—¡Te quiero... Víctor!... ¡Fué por ti!... ¡Por ti!...

Lo comprendió todo. Un sollozo levantó con fuerza el florón de vello de su pecho, alzándolo, como si el estérnion fuese a desprenderse de la clavícula. Fué un sollozo hoydo, doloroso, que salía de toda su carne y estremecía todos los nervios; el sollozo necesario para no ahogarse; y se dejó caer llorando convulsivamente contra las rodillas de su esposa.

TERCERA PARTE

I

Más de dos meses duraba ya la estancia de la familia de Ansúrez en Rodalquilar, y la honda perturbación establecida con su presencia se percibía de un modo visible.

María y doña Concha, siempre retraídas, absortas en sus labores piadosas y sus rezos, apenas se mezclaban en lo que sucedía en torno suyo. Se reunían con las aldeanas todas las tardes para dar un largo paseo, rezando el rosario, y cantaban gozos y salves al aire libre. Su objeto era que terminase lo más lejos posible de la casa, como si fuese una especie de exorcismo que marcara al Diablo la frontera de sus jargarretas y santificase los alrededores de la finca. Las dos beatas, en su piedad católica, procuraban que el Demonio se quedase siempre en el territorio de los vecinos.

Doña Pepa, ocupada con las cosas de tejas abajo, no tenía tiempo de pensar en la otra vida, y confiaba a su hija y nuera el cuidado de ganarle su pedazo de cielo; no dejaba vivir a nadie, enterándose de los chismes de la vecindad y de los asuntos ajenos, en los que se entremezclaba para arreglarlos a su capricho de un modo despótico, segura de que su hijo había de transigir con tal de conservar la paz y la independencia. Entre ella, con sus favoritismos y sus odios, y las

continuas fiestas de don Manuel y sus amigos, llevaban revuelta la comarca.

Entre unas cosas y otras, todo el lugar estaba revuelto. Los hombres dejaban sus trabajos para acompañar a los señoritos en sus excursiones o complacer a doña Pepa, ayudándola en sus tareas, con el fin de obtener por medio de su adulación beneficios en sus intereses, ya mejorando los contratos, ya mereciendo favores logrando rebaja de rentas y aumento de privilegios. Rivalizaban por agradar hasta el punto de que obligaban a sus mujeres a acompañar en sus rezos a las dos beatas, y a sus hijas a que asistieran a los bailes y fiestas, recomendándoles el agrado con los señores. Los novios de las muchachas más bellas, como la Domínguez o Purilla Márquez, habían de tragar saliva y veneno al verlas requebradas por los señóricos, que les exigían el abrazo con las dos manos cuando terminaban de bailar, y las perseguían con miradas y chicoleos. Más de un noviazgo se había roto por este motivo. Las muchachas daban el pretexto de no querer desagradar a sus padres rechazando el honor que los señores les dispensaban con sus bromas; pero en el fondo se sentían contentas y orgullosas de los triunfos de amor propio que las distinciones de que eran objeto les proporcionaban sobre sus compañeras.

Entretanto la situación de Victor y Dolores se hacía insostenible. La segunda, bella entre las más bellas,

con su cuerpo hermoso, sus ojazos negros y su fresca boca, excitaba la admiración de los señores, contenidos por el respeto a los puños y el aspecto salvaje del marido. Don Manuel la hacía objeto de atenciones que deseaba pareciesen indiferentes, pero que hacían temblar a la desdichada, palidecer a Víctor y sonreír irónicamente a las maliciosas comadres. Ella evitaba el hallarse sola, continuamente escudada con la presencia de su marido o al lado de doña Concha, como refugio más seguro. Deseaba que pasara el tiempo; que a Víctor se le quitara de la cabeza los malos pensamientos, y marcharse a su barranco. Tenía miedo a la efusión de sangre. A pesar suyo, no experimentaba odio a don Manuel. Quizás por un recuerdo del muertecillo o por agradecimiento maternal a sus elogios de Nicolásillo, el cual andaba siempre por las rodillas de los señores o haciendo travesuras entre las señoritas.

El que se ahogaba en aquella prueba suprema era Víctor. La idea de sangre, convertida en monomanía, le hacía verlo todo rojo. No estaba quejoso de su mujer, pero le molestaban los deseos que leía en las miradas y experimentaba el odio profundo de todo esclavo que no puede sacudir su cadena. La amaba rabiosamente y la rechazaba en el desprecio de lo que le parecía una posesión incompleta. Sus celos no eran ese sentimiento analítico de los hombres que saben hablar de honor y de derechos. Eran los celos salvajes, violentos, del macho que defiende a su hembra. Un sentimiento que no le dejaba ser feliz con ella mientras estuviese vivo un hombre que la había acariciado. Necesitaba borrarlo todo con sangre.

Aquella tarde don Manuel, sus amigos y los campesinos que habitualmente les acompañaban, se habían ido a Peña Negra a pescar los sargos. Soplaban un Poniente, que hacía doblarse abatidos hasta tocar el suelo

el ramaje de los árboles y levantaba la tierra labrada en remolinos de polvo.

Después de cenar tristemente, toda la gente del cortijo se reunió en la gran sala para rezar el rosario.

Bien es verdad que la mayor parte de los rezadores movían los labios, sin recordar una avemaría entera, y el resto cabeceaba y bostezaba a su sabor. Esto hacía a la beata poner cierta severidad y acento de malhumor en sus palabras y salir de su ritmo litúrgico para despertarlos.

—Dios te salve, María — empezaba con fuerte voz de enojo, y poco después caía de nuevo en su tono de recitado indiferente.

Cerca de la puerta, Víctor se revolvía en la silla, nervioso, sin poder ocultar su impaciencia. Los aullidos del viento parecían animarlo en sus proyectos. Aquellas voces, aquellos silbidos misteriosos le aseguraban la impunidad. ¡Qué ocasión! Se levantó en silencio, y sin hacer caso de la alteración de la voz de la señorita, entró en la cámara. El oído de Dolores percibió, dominando todos los ruidos, el de aquella puerta al abrirse, y se levantó presurosa, sin hacer caso de la estupefacción de las señoras, murmurando una disculpa.

Cuando llegó a la cocina su marido acababa de dejar el candil en el sitio habitual y entraba en la sala. Aquella placidez no engañó a Dolores. Víctor había sacado la escopeta de la cámara y por la puerta de comunicación entre la cuadra y el dormitorio iba a salir a los corrales y al campo. Echó a correr hacia la calle para atajarle el paso.

Cuando salió de la cuadra siguió pegado a las tapias del corral y atrancó con habilidad la puerta para facilitar la entrada al regreso. La escopeta estuvo a punto de escapar de su mano al escuchar su nombre.

—¡ Víctor!

Dolores, sin mantón, sin pañuelo en

la cabeza, tiritando de frío y de miedo, estaba delante de él, preguntándole:

—¿Adónde vas?

—¿Y tú que has venido a hacer aquí? ¡Vete!—rugió él con dureza y enojo.

—¡Victor, por caridad! ¡tú vas a hacer una cosa mala... una muerte!...

Relampaguearon en la sombra los ojos de Victor. Empujó a su mujer con violencia lejos de sí.

—¡Ah! ¡Quieres salvarlo!... ¿Te interesa?

Sintió ella el ultraje de los celos.

—¡Yo!... ¡Yo!... ¿Que yo?... ¡Oh! No... Toma la escopeta... ¡Mátalo!

Con un gesto de altivez suprema, puso de nuevo el arma en manos de su marido y se apartó para dejar libre el paso.

—¡Dolores mía!... Perdóname...

Tienes razón... Eres valiente... lo odias... eres mi Dolores... ¡Ah! ¡Cuánto tarda el momento de irnos a nuestro barranco!... ¡Aún hay que esperar!

Mientras Victor iba a dejar la escopeta en la cámara y a tenderse en una cabecera para pasar la noche de insomnio, Dolores entró en la sala, donde las devotas dirigían sus rezos en latín, sin entender el significado de las palabras, a la Madre de Jesús.

—*Faderis arca.*

—*Janua Cæli.*

Y los labriegos no acertaban a responder sin equivocarse:

—*Ora pro nobis.*

—*Ora pro nobis.*

II

Las gentes de la casa se habían agrupado en torno del hogar, en donde ardían los palmizones y los troncos de higuera. Don Manuel, sus amigos, el tío Matías y algunos otros aldeanos,

de los que formaban la pequeña corte, estaban sentados entre ellos. Los hombres, mientras conversaban, movían las agarrótadas manos de anchos y planos dedos en sus labores de esparto.

La conversación de don Manuel y sus amigos era animada. Acababa de llegar del pueblo el tío Pedro con los encargos: los periódicos y la correspondencia, cuya lectura puso nerviosos a todos aquellos buenos señores. Se anunciaba un cambio de política; don Manuel quería ir a la ciudad en cuanto se confirmasen las noticias.

Victor se estremeció al oír esto. ¿Sería posible que aquel hombre se marchara y escapase a su venganza? De ningún modo. En tal caso arrojara todos los peligros y lo castigaría cara a cara. El soportaba la proximidad a su mujer, toleraba con asco que acariciase a su hijo, se sometía a servirlo y adularlo, porque durante todo aquel sacrificio se embriagaba con la voluptuosidad de la venganza, seguro de que cuantos lo miraban con cierto desdén por resignado le contemplarían pronto con miedo.

La puerta se abrió con violencia; una ráfaga de aire frío penetró en la ancha cocina e hizo oscilar la llama humosa del candil. Capuzo, aterido, encorvado, frotándose las manos, apareció en la estancia.

—¡Qué noche! ¡Qué noche, caballeros!—dijo por vía de saludo, y arrojó en el fuego una enorme aljaga.

Se levantó una llamarada violenta que obligó a todos los concurrentes a retirarse.

—¡Qué animal!

—¿No reparas que están aquí los amos?

—Que perdonen tos—respondió con flemma el herrero, mientras se revolvía casi tostándose en el reflejo de la llama—. Pero vengo arrección... Hace una noche que se hielan los pájaros...

—¡Ojalá se helaran!—añadió con

su rutinaria ignorancia el labrador de los Tollos—; son una plaga que se come lo mejor de las sementeras.

—Podíamos esta noche hacer buena ración en ellos— siguió el tío Matías—y traérselos a doña Pepica pa que guisara un arroz que se chuparan los deos.

Se interesaron los señoritos.

—¿Cómo?

Victor se apresuró a explicarlo. Tenían redes para tapar las bocas de las norias abandonadas. No había más que asustar a los pájaros con luces y piedras; al querer salir, atontolados por el miedo, se dejaban coger vivos. Ellos daban de cuando en cuando aquellas batidas para exterminar a los gorriones, que se les comían el trigo, sin comprender el servicio que los pobres volátiles prestaban a sus cosechas destruyendo los insectos perjudiciales.

La idea prendió en el espíritu antojadizo y ávido de emociones del señorito.

—¿Hay medios de poder ir?—preguntó.

—¡Ya lo creo!

Y Victor, entusiasmado con el proyecto, corrió a traer redes y hachos para mostrárselos.

Los campesinos empezaron a ponderar las delicias de la cacería con los extremos de los aduladores.

Dolores se puso de parte de las señoras:

—Hace mala noche, Victor; es tarde...

—¡Mala noche! ¡Ca! Vamos tos pa las norias... ¡Tú la primera!...

Era tan imperativo su acento, que ella no se atrevió a replicar.

—Vamos, niñas—dijo don Manuel a las muchachas—. Dejad el trabajo. Ande, aparcera—añadió hablando con Dolores—. Así llevaremos la buena suerte en nuestra compañía.

Victor sonrió, contento del piropeo, mientras ella palidecía y temblaba. Hubiera querido mejor quedarse.

Los cazadores se encontraron al salir perdidos en las tinieblas. El cielo obscuro, negro, parecía más cerca de la tierra con la pesantez de la atmósfera.

La sombra se liaba a los cuerpos. No se distinguía nada en rededor. Se avanzaba a ciegas, sin ver los caminos ni los objetos cercanos. Se había estrechado el horizonte en torno de las personas, y todo el valle era una masa de tinieblas, espesa, densa. No se dibujaban cortijos, árboles ni montañas. Las ráfagas del viento parecían oleadas de aquel mar de sombras, donde se apaga hasta el reflejo de las luces.

Deslizábase la comitiva entre las negruras y la soledad con aspecto fantástico. Se habían encendido los hachos de albardín, y los cuatro aldeanos que rompían la marcha de la extraña procesión les daban vueltas en el aire para evitar que se apagasen. El ascua trazaba en el espacio una rueda giratoria; cuando se detenía, una llama oscilante y llena de humo reflejaba sobre el grupo, deslumbrando los ojos en vez de alumbrar el camino. Las mujeres, con los mantones ceñidos al cuerpo, liadas las cabezas en apretados pañuelos; y los hombres, envueltos en mantas y capotones, marchaban encorvados, agarrándose unos de otros, tropezando, mientras el aire empujaba hacia atrás las faldas y los extremos de ropas y abrigos, que daban a su caminar; con aquella luz vaga e incierta, un aspecto de lucha o carrera.

Llegaron cerca de la noria del Estanquillo.

Los prácticos ordenaron silencio. Se mató la luz de los hachos, cesó el ruido de risas y conversaciones; todos avanzaron en silencio, lentamente, en medio de las sombras, cuidando de no tropezar ni hacer ruido. Agachados, deslizándose como espectros en torno del abandonado pozo, los cortijeros separaron con sus ma-

nos rudas las brozas, malezas y pinchos, troncharon las ramas salientes de algunos cabrahigos que rebasaban las cercas de piedra, y tendieron la red para cubrir toda la abertura del brocal.

Cuando la delicada operación estuvo hecha, uno dió en voz baja la señal de aproximarse. Se adelantaron agazapados hasta la misma boca del pozo; hombres y mujeres se tendieron boca abajo para poder avanzar el cuerpo sin peligro sobre el agujero. Los que llevaban los hachos les hicieron girar y avivaron las llamas, mientras todos los demás, cansados del largo silencio, prorrumpían en voces y palmadas y arrojaban piedras por la negra abertura del pozo. Los gorriones, sorprendidos en su sueño, se dirigían asustados hacia la luz, y revoloteaban tropezando en los hilos; algunos colaban la cabecita entre las mallas y quedaban prisioneros. Las manos ansiosas de los cazadores corrían bajo la red, cogiendo a los aturdidos pájaros; los chiquillos, en su celo imprudente, amenazaban con caer dentro de la noria, a pesar de las continuas voces de "Cuidado" y de la vigilancia de las mujeres.

Luego volvieron a ponerse en marcha entre las tinieblas; iban más animados y alegres, embriagados en su mismo contento. Se había hecho buena presa: más de un centenar de pajarillos. Sin duda en la noria de Cardona habían de hallar mayor número. Todos contaban las peripecias de la cacería. Capuzo afirmaba riendo que había salvado la vida al amo, el cual, con el ardor y el entusiasmo de coger pájaros, iba a caerse en la noria. El herrero subrayaba maliciosamente la palabra *pájaros*.

—¿Por qué no habrá luna?— interrumpió una muchacha.

—¡Toma!— respondió otra echándola de entendida—; porque las estrellas que se juntan para formarla se pelean y se van cada una por su lado.

La proximidad a la noria de Cardona impuso de nuevo silencio.

En cuanto se dió la señal, todos se abalanzaron a la noria. Familiarizados ya con la obscuridad y la cacería, se guardaban menos precauciones; don Manuel se echó boca abajo cerca de Dolores y prestaba a la joven más atención que a la caza. Víctor daba vueltas en torno del brocal haciendo girar su hacho para mantenerlo encendido. Se acercó varias veces a unos lados y a otros, advirtiendo a los chiquillos que tuviesen cuidado. Del fondo de la noria, donde dormían ocultos entre los agujeros de las peñas, salió una verdadera nube de gorriones que agitaban su plumaje, levantando un torbellino de aire y un *frou-frou* de abanicos y faldas de seda. La atención de todos se reconcentraba en la caza.

De pronto un grito agudo, estridente, rasgó el aire, y un cuerpo, haciendo ceder a su peso la débil red mal sujeta, cayó al fondo del abismo, chocando con las paredes en un ruido sordo y sin eco.

Un grito de espanto se escapó de todos los pechos:

—¡¡¡Don Manuel!!!

—¡¡¡El amo!!!

Nadie se había dado cuenta de lo que pasaba. Algunos habían creído notar la breve lucha de un hombre sorprendido y lanzado al fondo del abismo que se revolvía por asirse de algo o defenderse. Pronto se lo explicaron todo. Víctor, jadeante, tembloroso, echado en tierra en el sitio que antes ocupaba don Manuel, murmuraba disculpándose de haberlo empujado:

—¡No lo he podido sujetar!

Se produjo la agitación siguiente. Las mujeres gritaban, lloraban los chiquillos; los hombres se revolvían, sin saber qué hacer, de un lado para otro. Algunos se acercaron al brocal y llamaron cándidamente:

—¡Señorito!...

—¡Don Manuel!

El abismo permanecía silencioso.

—No ser tontos... el infeliz se ha estrellao.

Los dos amigos que acompañaban a don Manuel, creían en lo casual de la desgracia.

Pero la atención de todos los aldeanos se reconcentraba en Víctor. No les había duda: aquel crimen, oculto bajo apariencias de casualidad, era una justicia. Todos lo entendían así y todos callaban. El espíritu popular uníase de un modo instintivo. Víctor podía contar con el silencio, la complicidad tácita de todos sus vecinos.

Ninguno se atrevió a decirle nada.

El aspecto de Víctor era imponente. De pie en medio del cardenal apretaba contra su pecho a la mujer, que floraba en silencio; el hacho, caído a sus plantas, medio apagado, lo envolvía en oleadas de humo, y agigantaba su estatura con la prolongación del rayo de luz entre las sombras. Descubierta la cabeza, flotante a merced del aire la melena, alzada al cielo la morena frente, brillando con el resplandor de los luceros los negrísimo ojos, parecía revestido de una belleza bravía, siniestra, satánica. La belleza magnífica del dios de la Rebeldía y de la Venganza.

Carmen de Burgos, «Colombine»

En el próximo número se publicará la comedia en tres actos de

JACINTO BENAVENTE

EL PRIMO ROMÁN

SUMMIT

Tónico nervioso

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositaríos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

Utilísimo a los convalecientes.
Pedid prospectos.

SUMMIT

Tónico nervioso

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

==== Precio del número: 25 céntimos. ====

Aceites y grasas
-:- lubricantes -:-

OLEO-MOTOR

Insuperable

para
el engrase
de
los autos



Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 15.—Teléfono 984.—MADRID

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

Boques para todos los puertos del mundo.
B. Dip. Almería

AL-821-BUR-ina



1000821

NCIARAN CON LA DEBIDA
DAD